

MUTATIS MUTANDIS

Mutatis Mutandis. Revista
Latinoamericana de Traducción

E-ISSN: 2011-799X

revistamutatismutandis@udea.edu.co

Universidad de Antioquia
Colombia

Navarro, José Antonio Alonso

Traducción en prosa de La Flor y la Hoja (an.)

Mutatis Mutandis. Revista Latinoamericana de Traducción, vol. 7, núm. 2, 2014, pp. 457-464

Universidad de Antioquia
Medellín, Colombia

Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=499267769013>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Traducción en prosa de *La Flor y la Hoja* (an.)

Traducción e introducción:

José Antonio Alonso Navarro

meildeja@yahoo.com

Universidad de La Coruña (España)

Breve introducción:

La Flor y la Hoja es un poema de finales del siglo XV (escrito alrededor de 1470). El poema, anónimo, podría haber sido escrito por una mujer. Durante mucho tiempo éste se atribuyó a Geoffrey Chaucer. El texto poético constituye una alegoría del culto a la Flor y a la Hoja, es decir, el mismo resalta el contraste o disputa entre quienes defienden la inconstancia y veleidad en el amor (especialmente en el caso de las mujeres) y el alejamiento (y ociosidad) de los principios verdaderos que regulan la caballería (en el caso de los hombres) y la fidelidad al amor y el apego a los valores tradicionales y código de conducta de la caballería medieval: honor, valentía, esfuerzo, fama y gloria, entre otros. El poema contiene 595 versos y está compuesto en la llamada “rima real” (rhyme royal). El texto original puede hallarse [aquí](#).

Como traductor, he optado más por una traducción en prosa y más de tipo cultural que poética destinada fundamentalmente a los estudiosos de la Edad Media, muchos de los cuales ya me habían pedido hace algún tiempo la traducción de dicho poema.

Traducción en prosa del poema “La Flor y la Hoja:

Cuando Febo, que está en las alturas, terminó de recorrer el cielo estrellado allá en lo alto con su carro dorado y entró con holgura en el signo de Tauro; cuando las dulces aguas de la lluvia descendieron con suavidad para renovar el aire y hacer que las llanuras se vistiesen con elegancia con nuevos ropajes aguzando en no pocas ocasiones a las florecillas de la tierra a crecer por doquier en los campos y prados y haciendo posible que aquello que estaba viejo y muerto en el invierno pudiera renacer, y que de cada semilla pudiera brotar la hierba alegrando con la primavera los corazones de todas las criaturas, se dio el caso una noche de que yo, tan alegre con la llegada de la dulce estación, no pudiese, sin saber por qué, conciliar el sueño en mi lecho, pues no había criatura con más sosiego de ánimo que yo. Por ello me sorprendió el hecho de que hubiera estado tanto tiempo sin dormir.

De modo que me levanté al mediodía, me vestí y me dirigí hacia una agradable arboleda regada por un sol que resplandecía en lo alto. En la arboleda había grandes robles que estaban dispuestos en fila y debajo de ellos crecía una hierba joven y

colorida. Los árboles, que estaban separados discretamente entre sí, poseían ramas de considerable tamaño en las que abundaban las frescas hojas que habían brotado de cara al refulgente sol. Algunas de las hojas tenían una tonalidad muy roja y otras estaban revestidas de un verde claro. Todo aquello me pareció una visión deliciosa junto con el canto de las aves; canto que hubiera complacido a cualquier criatura mortal.

Si en ese momento hubiera escuchado al ruiseñor, cuya voz no había podido escuchar en todo el año, hubiera puesto todos mis sentidos en ello. Finalmente, hallé un pequeño y virginal sendero cubierto de hierba y matojos. Y como en verdad no dudé de que tal sendero habría de conducir a alguna parte, decidí tomarlo. Éste me trajo hasta un hermoso y recogido jardín orlado con bancos de una hierba verde tan pequeña, tan gruesa y tan fresca en su color que se asemejaba al terciopelo verde. Aquel jardín privado estaba rodeado de setos y cercado con sicómoros y rosas mosquetas tan bien entrelazados y con tanto ingenio que las ramas y hojas de aquellos árboles crecían de acuerdo a un patrón fijado.

Todas ellas habían sido dispuestas de la misma manera en cada detalle. Os lo aseguro, nunca jamás hasta aquel momento había visto algo tan bien hecho, pues aquél que se tomó la molestia de hacer aquel jardín se esforzó todo lo posible para que excediera en belleza a todo aquello que pudiera haberse visto antes. Este jardín privado tenía la forma de una hermosa sala, con su tejado y todo lo demás. Los setos eran tan gruesos como la muralla de un castillo. Todo aquél que quisiera salir al exterior así como ver a alguien en su interior le resultaría difícil hacerlo. No obstante, sí que podía verse desde el interior del recinto a todos los que iban y venían en los campos situados a cada lado; campos cubiertos de grano y hierba y que, sin ninguna duda, no podían abarcarse con la vista desde ningún lugar dada la extensión y abundancia de éstos.

Y yo, que contemplé toda esta hermosa imagen, percibí un aroma tan dulce proveniente de la rosa mosqueta que, en verdad, pienso que no hay corazón por muy desesperado que estuviera o por muy abrumado que se encontrara con pensamientos funestos, que no obtuviera alivio tras aspirar tan dulce fragancia. Y en cuanto desvié la mirada, me fijé en el níspero más hermoso y rico en flores que jamás hubiera contemplado en toda mi vida. Y saltando de rama en rama había un jilguero que, según le placía, comía de aquí para allá dulces flores. Y aquel árbol había crecido a un lado del jardín.

Poco después, cuando terminó de comer la avecilla, ésta comenzó a cantar la canción más dulce que jamás había oído cantar. Y cuando puso fin a su canto, el ruiseñor con tono alegre le respondió de tal forma que su canto resonó por todo el bosque. Y yo, arrobado como un loco, escuchando de cerca el canto del ruiseñor, perdí la noción de donde estaba. Y tras mirar por todos lados para poder contemplarlo, pude ver finalmente que estaba posado cerca de mí al otro extremo, en un joven y verde laurel que despedía un aroma tan embriagador como la rosa mosqueta. Por todo lo cual, me sentí tan bien en mi interior que pensé que me hallaba en el paraíso y sobre el frescor de la hierba me senté para escuchar mejor el canto de aquellas aves que no tenían

parangón con ninguna otra maravilla. Por lo tanto, aquel jardín era tan refrescante y sus fragancias tan reconfortantes que ya desde el principio pensé que nada parecido se había visto en el mundo.

Y mientras permanecía escuchando a aquellas aves me pareció escuchar también de súbito, a fe mía, las voces más dulces y delicadas que jamás criatura alguna pudiera haberse escuchado en su vida. Tan dulce y armoniosa era aquella música que se asemejaba a la voz de los ángeles. Finalmente, vi salir de una arboleda hermosa y agradable a un numeroso grupo de damas que cantaban animadamente. De su belleza y vestiduras, dejad que os cuente al menos una parte. Vestían con ropajes blancos de seda bien ajustados en los que cada una de las costuras, a modo de adornos, destacaban con esmeraldas, y en los bordes de los cuellos, mangas y colas llevaban incrustadas, sin duda alguna, ricas piedras tales como perlas redondas y majestuosas de gran tamaño, bellos diamantes y rubíes rojos además de muchas otras piedras preciosas cuyos nombres no recuerdo ahora.

Y cada una de aquellas damas llevaba en la cabeza una redecilla de oro de gran valor que, sin duda alguna, estaba orlada con suntuosas piedras preciosas. Además aquellas damas portaban en la cabeza una guirnalda de hojas frescas y verdes hecha con tanta maña que en verdad causaba maravilla el contemplarla. Algunas tenían guirnaldas de hojas de laurel, otras de hojas de madre selva y otras, más sobrias, de hojas de planta de árbol casto o sauce gatillo. Y la mayoría de ellas bailaba y cantaba en círculo sin demasiados aspavientos. Sin embargo, había una que lo hacía sola en el centro del círculo que excedía por su figura celestial y belleza a todas las demás. Esta dama en cuestión estaba ricamente ataviada.

En la cabeza tenía una hermosa corona de oro digna de un rey y en la mano sostenía también la rama de una planta de árbol casto. A mi parecer, aquella dama era la dueña de aquel grupo de mujeres. En seguida comenzó a cantar animadamente una canción titulada *Suse le foyle de vert moy/, seen & mon joly cuer en dormy*. El resto de las mujeres respondió repitiendo uno de los estribillos de la canción con una voz tan dulce y delicada como jamás escuché en mi vida, esa es la verdad. Y de esta guisa, bailando y cantando, aparecieron estas damas en el centro del prado frente al jardín donde yo estaba sentado. Y Dios sabe que me hallaba en el mejor de los lugares para poder juzgar quien era la más hermosa, la que sabía bailar o cantar mejor o la que resultaba ser la más femenina en todas las cosas. Y apenas habían empezado a bailar las damas cuando de repente escuché un ruido ensordecedor, como si se hubieran partido los cielos en dos.

Y al cabo de un rato vi salir de la misma arboleda por la que salieron aquellas damas un enorme grupo de caballeros montados a caballo y bien pertrechados para la ocasión que llegaron a cabalgar con tanta rapidez que hicieron temblar toda la tierra. Si he de hablar de las riquezas y las piedras preciosas y de los caballos y hombres que allí vi, entonces tengo que decir que ni los palacios de Preste Juan ni todos sus tesoros apenas podrían haber acumulado la décima parte. A aquellos que deseen oír más sobre sus vestiduras les contaré un poco más al respecto. De la arboleda a la que me referí

anteriormente, vi salir primero a un grupo de trompeteros vestidos con atavíos blancos que llevaban para su disfrute frescas guirnalda de robles de hoja perenne.

De cada trompeta colgaba un amplio estandarte de fina tela de Tartaria bordado con suma exquisitez. Cada trompetero tenía puestas las armas de su señor. Tampoco les faltaban gruesos collares engarzados con ricas perlas y no hay duda de que no habían escatimado en gastos a juzgar por las numerosas piedras preciosas que adornaban sus escudos de armas. El arnés de sus caballos era de color blanco. Y tras ellos, en un solo grupo, salieron nueve heraldos reales vestidos con atuendos de tela blanca bordada ricamente en oro, que llevaban en la cabeza guirnalda de hoja perenne. Las coronas que portaban en sus escudos de armas estaban engarzadas con perlas, rubíes, zafiros y también con muchos diamantes de gran vistosidad. En cuanto al arnés de sus caballos y otros arreos, éstos combinaban por igual sin deslucir con los de los trompeteros mencionados.

Y parece ser, además, que todos ellos estaban versados en su oficio de indicar a otros el camino a seguir. Tras ellos vino un numeroso grupo de heraldos menores vestidos también con atuendos blancos hechos de terciopelo. Y cada uno de ellos tenía una guirnalda en la cabeza. Sus escudos de armas y el arnés de sus caballos iban a juego con aquellos que los precedían. Seguidamente, pudo verse a nueve caballeros de buen porte que tenían la cabeza al descubierto y llevaban puestas armaduras resplandecientes. Los adornos de sus arneses eran de fino oro rojo y los arreos de sus robustos corceles estaban revestidos con paños de oro forrados con armiño. Tales arreos, por cierto, eran tan grandes y largos que llegaban hasta el suelo.

Y cada adorno de la pechera de la armadura de los caballos tenía un valor, según estimo, de unas mil libras. Y en sus cabezas, llevadas con elegancia, destacaban coronas de verde laurel, las mejores que haya visto jamás. Y cada caballero tenía a su servicio, tras de sí, a tres escuderos montados a caballo. El primero de ellos sostenía el yelmo de su señor en una vara corta, la cual estaba decorada tan ricamente que la peor de ellas serviría de pago para el rescate de un rey; el segundo de ellos llevaba en su cuello un resplandeciente escudo; y el tercero sujetaba en vertical una afilada lanza. Y cada joven llevaba en sus fulgentes cabellos una lozana guirnalda de hojas verdes y vestiduras blancas de delicado terciopelo. Sus corceles tenían los mismos arreos que sus señores. Y detrás de ellos, montados en jóvenes caballos de guerra, aparecieron tantos caballeros armados que ocuparon todo el campo. Y todos llevaban, de acuerdo a su rango, nuevas guirnalda hechas de verde laurel. Algunas guirnalda eran de roble y el resto estaban hechas con otros árboles. Los caballeros sostenían en las manos ramas brillantes de laurel, de noble roble, de espino blanco, de madreselva y de muchas otras clases que ahora no recuerdo.

Y así aparecieron, espoleando vivamente sus caballos mientras retumbaba el aterrador sonido de las trompetas. Muchos de aquellos aguerridos caballeros vestían de un modo que no había visto jamás. Finalmente, ocuparon sus puestos en formación regular en el centro del prado. Y cada caballero hizo girar la cabeza de su caballo hacia su compañero colocando su lanza en reposo hasta que comenzaron las justas por doquier.

Algunos rompieron las lanzas y otros cayeron al suelo junto a sus caballos. En ocasiones, se vieron correr sin rumbo a los corceles sin jinete. ¡Qué magnífico espectáculo, os lo aseguro, constituía el gobierno de aquellos caballeros! Las justas duraron una hora o más. Aquellos que ganaron el premio fueron coronados con verde laurel. Sus golpes fueron tan duros que no hubo nadie que pudiera resistirlos. Y cuando se acabaron las justas, los nueve caballeros descendieron de sus caballos y los demás, a imitación de ellos, hicieron lo mismo.

Y todos comenzaron a cabalgar juntos, ¡qué maravilla era verlos!, y hacia las damas que cantaban y bailaban en la llanura verde se dirigieron. Las damas interrumpieron con decoro sus cantos y bailes y fueron a reunirse con ellos con alegre semblante. Y cada dama tomó delicadamente de la mano a un caballero y después cada pareja se dirigió hacia un laurel cercano que estaba cargado de hojas y poseía anchas ramas. A mi juicio, no creo que nadie hubiera visto un

árbol tan hermoso cuya sombra bien pudiera haber servido para proteger del calor del resplandeciente Febo o de la propia lluvia o granizo a cien personas. Igualmente, dada las abundantes propiedades curativas de aquel árbol, su aroma podría aliviar a personas que estuvieran enfermas o que padecieran melancolía. Y hombres y mujeres, después de inclinarse cortésmente ante el dulce y colorido árbol, comenzaron a cantar y bailar de nuevo mientras daban vueltas alrededor del árbol.

Algunos cantaron acerca del amor y otros, con tristeza, acerca de la infidelidad. Finalmente, desvié mi vista hacia otro lado y me fijé en un grupo animado de hombres y mujeres que deambulaban cogidos de la mano por el ancho campo. Las damas vestían atuendos adornados ricamente en los bordillos con piedras preciosas y los caballeros vestían túnicas de color verde que habían sido bordadas con tanta destreza como los atuendos de las damas. Y todas las damas tenían una guirnalda en la cabeza que les quedaba muy bien con su cabello radiante. Las guirnaldas estaban hechas de bellas flores de color blanco y rojo. Los caballeros que las acompañaban de la mano tenían también guirnaldas que combinaban con las de ellas. Y delante de aquellos hombres y mujeres iban muchos trovadores vestidos de verde que tocaban arpas, gaitas, laudes y salterios. En sus cabezas llevaban hermosas guirnaldas de diferentes flores bien combinadas que habían sido hechas con gran destreza. Y bailando se dirigieron a un prado en medio del cual hallaron un mechón cubierto de flores a su alrededor. Y ante el mechón se inclinaron todos con gran reverencia y humildad y en seguida una dama comenzó a cantar dulcemente una canción pastoril en alabanza de la margarita.

Me pareció que entre sus dulces notas dijo *Si douce est la Margarete*. Entonces todos respondieron al unísono tan bien y de un modo tan agradable que música celestial fue lo que escuché. Pero de repente, no sé cómo, hacia el mediodía el sol apretó tan fuerte que las bellas y tiernas flores llegaron a perder la belleza de sus frescos colores y a secarse debido al calor; las damas padecieron también tan intenso bochorno que apenas supieron donde se hallaban. En cuanto a los caballeros, éstos estuvieron a punto de desmayarse por falta de sombra. Sin embargo, poco tiempo después, el viento

comenzó a soplar con tanta intensidad que arrancó todas las flores que había en el prado excepto aquellas que se encontraban entre las hojas bajo los setos y los gruesos arbustos. Al viento le siguió una terrible tormenta de granizo y lluvia que caló hasta los huesos a las damas y a los caballeros. Y cuando cesó la tormenta, aquellos que vestían de blanco y habían permanecido debajo del árbol sin que la tempestad les afectase fueron a socorrer y a consolar por compasión y con alegría a aquellos que vestían de verde y no habían estado cubiertos bajo el árbol.

Entonces me percaté de que una de las mujeres que vestían de verde tenía una corona en la cabeza que le sentaba muy bien y que estaba ricamente decorada, por lo que deduje que se trataba de una reina. El resto de las personas que vestían de verde se ocupaban de servirla. Las damas y los caballeros que vestían de blanco se dirigieron hacia ellos con el fin de darles consuelo y animarlos. La reina que estaba vestida de blanco y que era muy hermosa, cogió de la mano a la reina que vestía de verde y le dijo: “Hermana, lamento mucho vuestra aflicción y todo el sufrimiento por el que vos y vuestra gente habéis pasado. Si os complace acompañarme, haré todo lo que esté en mi mano por agradaros”. Y la otra reina que estaba ataviada con jirones debido a la tormenta y al calor, en respuesta a sus palabras, le dio las gracias todo lo humildemente que pudo, os lo aseguro. Inmediatamente después, cada dama que vestía de blanco cogió de la mano a una dama que vestía de verde.

Viendo esto, los caballeros de blanco hicieron lo mismo y cada uno de ellos cogió de la mano a un caballero de verde, y juntos se dirigieron a un seto donde cortaron ramas y árboles gruesos con el fin de hacer grandes hogueras que secasen sus ropas húmedas. Después de ello, de las plantas que allí crecían elaboraron ungüentos muy buenos y sanadores para aplicárselos a quienes tenían llagas producidas por las quemaduras del sol y luego fueron en busca de hierbas de ensalada (como perejil y lechuga) para que las comieran y pudieran aliviar su intenso y doloroso calor. La dama de la Hoja pidió a la dama de la Flor (las llamo así por su manera de vestir) que cenase con ella y ésta le dio las gracias de la manera más cortés y afable añadiendo que obedecería todos sus mandatos de corazón. Y sin dilación, la dama de la Hoja hizo traer un palafrén bien ataviado y con arnés de oro con el que poder seguir a la dama de la Flor. Y seguidamente, proveyó a toda su gente de caballos y de todo lo necesario y después pasaron tan animadamente y cantando con tanta alegría junto al jardín donde yo permanecía sentado que ello hubiera levantado el ánimo de cualquiera. Pero entonces fui testigo de algo sorprendente.

El ruiseñor que había estado posado todo el día en el laurel cantando en honor del amor tal como suele hacerse en el mes de mayo, alzó el vuelo repentinamente y se dirigió hacia la dama de la Hoja y con delicadeza se posó en su mano, lo que me maravilló sobremanera. También el jilguero, debido al calor, alzó el vuelo desde el níspero hasta los fríos arbustos y desde allí voló hasta la dama de la Flor para posarse en su mano, y una vez allí plegó sus alas con elegancia. Después la dama y el jilguero mostraron su tristeza en una canción tal como habían hecho el día anterior. Y de este modo, las damas y los caballeros cabalgaron una gran jornada.

En cuanto a mí, que había estado contemplado todo este portento, pensé que de alguna manera debía tratar de conocer la verdad de este asunto y de aquellos que cabalgaban con tanto deleite. Y cuando pasaron junto al jardín, di un paso hacia adelante y me encontré inesperadamente con una hermosa dama vestida de blanco y de rostro recatado, no os miento, que venía cabalgando sin ninguna compañía. Tras saludarla y desearle buena fortuna, ella me respondió: “Muchas gracias, hija mía”. “Señora”, dije, “¿Sería muy osado por mi parte preguntaros acerca de las personas que acaban de pasar junto a este jardín?” A lo cual ella respondió afablemente: “Mi bella hija, aquellos vestidos de blanco que acaban de pasar por aquí son servidores de la Hoja, al igual que yo. ¿Y veis aquella que ha sido coronada toda de blanco?”, dijo. “Sí, señora”, dije yo.

“Se trata de Diana”, añadió, “la diosa de la castidad, y dado que es doncella, lleva en la mano una rama de la planta que los hombres llaman apropiadamente árbol casto. Y todas las damas de su grupo que llevan guirnalda hechas con esa planta son aquellas que han sabido conservar siempre su doncellez. Y todos aquellos caballeros que llevan guirnalda de laurel son aquellos que fueron lo suficientemente fuertes como para obtener triunfos que no se olvidarán jamás. Tales caballeros, además, debido al hecho de que en su tiempo nadie pudo vencer, fueron merecedores de coger de la mano a cada una de aquellas damas vestidas de blanco.

Y aquellos que llevaban guirnalda de madreselva recién cogida nunca fueron falsos de palabra, pensamiento o acción en el amor ni estuvieron inclinados a ello aunque el placer o el temor los invadiesen o se desatase una lucha en su interior. Todo lo contrario, éstos siempre se mantuvieron en vida constantes en el amor. Luego dije yo: “Hermosa señora, os ruego que me digáis quienes son aquellos caballeros que llevan ricas armaduras y quienes aquellos que visten de verde y llevan como distintivo la flor y, si os place, por qué algunos se inclinaron ante el árbol del laurel y otros ante el prado de hermosas flores.”

“Con mucho gusto, mi bella hija”, dijo ella, “dado que vuestro interés es bueno y no tiene malicia.” Aquellos nueve caballeros que llevan una corona y que visteis cabalgar antes, constituyen un ejemplo para la caballería, de ahí que se les llamen los “Nueve Nobles”. En su tiempo, tal como podéis leer en los libros antiguos, fueron protagonistas de muchas nobles hazañas y por su nobleza fueron coronados con hojas de laurel y aquél que fue un conquistador obtuvo el honor más grande tras recibir también como premio el laurel. Y aquellos que portan en las manos ramas del preciado y valioso laurel como signo de victoria y de sus poderosas hazañas son los nobles caballeros de la Tabla Redonda y los doce honorables pares de Francia. Entre los caballeros pueden hallarse también algunos antiguos caballeros de la Orden de la Jarretera, los cuales adquirieron fama, alabanza, triunfos y gloria en su tiempo al rendir honor al laurel. Todo ello es más valioso para ellos de lo que pueda imaginarse puesto que el otorgarse una hoja de aquel noble árbol a quien haya realizado alguna acción digna de encomio constituye entre todas las cosas terrenales el mayor honor. Testigo de ello en Roma fue el fundador de toda la caballería y de otras acciones dignas de admiración. Tito Livio consignó todo ello en su obra. En cuanto a aquella

dama vestida de verde que lleva una corona en la cabeza, ella es Flora, la diosa de las flores. Y quienes la sirven son aquellos que se inclinaron a la ociosidad y no se ocuparon de otra cosa más que de la caza, la cetrería, los juegos en los prados y muchas otras cosas así. Y debido al enorme deleite y agrado que sienten hacia la flor, sus servidores la reverencian y la siguen obedientemente, tal como podéis observar.”

Después dije yo: “Hermosa señora, perdonad mi atrevimiento si os pregunto cuál es la causa por la que los caballeros honran a la hoja en lugar de a la flor.” “Desde luego, hija mía”, respondió: “He aquí la verdad. Los caballeros han de perseverar siempre en la búsqueda del honor sin engaño ni pereza en todas sus empresas. Y como premio, éstos serán recompensados acorde con su rango con hojas perennes cuyo resplandeciente verdor no pueda llegar a deslucirse nunca, sino que mantendrán siempre su belleza intacta y verde, pues no habrá tormenta, granizo, nieve, viento o escarcha, por muy agreste que sea, que pueda hacerlas perder su color. En cuanto a las flores, éstas están destinadas a marchitarse en poco tiempo, pues es tal su naturaleza que no podrán resistir el más mínimo agravio. Y raro será que no las derribe una tormenta o duren más de una estación. Ésa es la razón por la que no pueden mantenerse ni perseverantes ni fieles (lit. “por la que no se las puede dar ninguna ocupación”).

“Señora”, dije yo, “os doy las gracias de corazón por haber respondido a todo lo que quise saber”. “Me alegra haberos complacido”, respondió la señora, “si es que habéis de creer todo lo que os he dicho”. Y después me preguntó lo siguiente: “Y vos, ¿A quién servís y honráis? ¿A la Hoja o a la Flor?” “Señora”, respondí, “aunque soy la menos digna de todas sus servidoras, yo sirvo a la Hoja”. La señora contestó: “Bien hecho y ruego a Dios para que a ella os mantengáis firme con buena disposición de ánimo y os aleje de la maldad y crueldad de Doña Calumnia. Ahora he de irme. Ya no puedo quedarme aquí por más tiempo. He de seguir a aquel numeroso grupo que veis allí”. Entonces yo también me dispuse a marcharme mientras ella comenzaba a cabalgar en pos de aquel grupo todo lo rápidamente que pudo. Y a casa me dirigí, pues casi había anochecido ya, para poner por escrito todo lo que había visto con el apoyo de aquellos que quisieran leerlo. ¡Oh, librito! ¡Sois tan ignorante! ¿Cómo os atrevéis a ponerlos frente a la muchedumbre? Me sorprende que no os ruboricéis al saber tan poco acerca de quienes habrán de enfrentarse a vuestro rudo estilo escrito con tanta simpleza.